

Pablo García Baena o el lenguaje como disidencia

Antonio PORTELA LOPA
Universidad de Burgos
aportela@ubu.es

Los verdaderos poetas confían en la lengua. Son aquellos que emprenden la tarea total de decir el mundo, sabiendo que existe un nombre exacto para cada cosa. Esta clase de poetas decide abrazar el discurso de la belleza. Y se aferran a ella, mientras las olas de la melancolía o la felicidad bañan las arenas de la existencia. A estos poetas instalados en el lenguaje se les llama vitalistas. Hay muy pocos poetas que pueden integrarse en esta estirpe. En nuestra lengua, Juan Ramón Jiménez, Rubén Darío, Góngora. Y Pablo García Baena.

Adoptar el lujo como forma de expresión comporta riesgos, porque es la forma de disidencia más incomprendida. Quizá fuera el gen que su Córdoba y su Andalucía le donaran. Porque la poesía de Pablo retomaba aquella lucha contra la mediocridad lingüística que ya había empezado Góngora, el poeta con el que más dialoga. Pero Don Luis tenía la ventaja de encontrarse en una situación todavía inaugural del español. Pudo completar el boceto de la lengua poética recurriendo a su ingenio, con tanto acierto que cambió la poesía española. Góngora resolvía los problemas de la lengua mediante invención. Para Pablo es una cuestión de conocimiento. Él acumulaba el español de Góngora, el de Rubén Darío, el de Juan Ramón Jiménez. Y nadie como Pablo ha sabido mantener la zona culta del español en una época en que *curul*,

adunco o *ignaro* no están en nuestras vidas porque no caben en las redes sociales.

Si bien tuvo oportunidad de recibir grandes reconocimientos (uno de los últimos fue el doctorado *honoris causa* por la Universidad de Salamanca), no deja de ser paradójico que el poeta que mejor conocía la lengua española jamás ocupara un sillón en la Academia. Si algo positivo puede extraerse de ese olvido es que se libró de tener que refrendar palabras como *postureo* o *posverdad*. Porque Pablo García Baena se definía justamente por antítesis a ellas. La poesía era para él una materia íntegra, genuina, incontaminada por las vanidades mundanas. Y cada uno de sus poemas estaba avalado por la vida y su realidad, la única verdad (fuera o no amable) que contemplaba en su obra. Sin trampas ni prefijos. Don Pablo era solo poeta. Solo, pero en la primera acepción del DLE: «Único en su especie».

El esplendente verbo de Pablo García Baena se apagó el 14 de enero de 2018. Semanas antes nos había dado su consentimiento para publicar el poema inédito que reproducimos en *Monograma*. Era un gran gesto para un poeta cuya escritura se definía por la contención y el tiempo. Estas páginas son un homenaje a su generosidad, su elegancia y su obra. Esa poesía que, creada con dosis idénticas de «misterio y precisión», encierra la majestad de toda una lengua.

Agradecemos a la familia de Pablo García Baena, y en especial a Antonio Amezcua, que nos hiciera llegar el poema. También agradecemos a Elide Pittarello, Guillermo Carnero, Juan Antonio González Iglesias y Juan María Prieto Roldán la generosidad de sus colaboraciones.